

zozobras de que se me arranque pronto, y disfruto de las mejores satisfacciones.

Si usted me dijere que para tener coche no es necesario tener tanto boato como el que le pinté, diré que según los modos de pensar de las gentes; pero como yo no había de ser de los que tienen coche y le deben el mes á la cocinera, si se ofrece, de ahí es que para mí era menester más caudal que para ellos; porque, amigo, es una cosa muy ridícula ostentar lujo por una parte y manifestar miseria por otra; tener coche y sacar mulas que se les cuenten las costillas de flacas, ó unos cocheros que parezcan judas de muchachos; tener casa grande por un lado y por otro el casero encima; tener baile y paseos por un extremo y por otro acreedores, trampas y boletos del montepío á puñados.

No, amigo, esto no me acomoda; y lo peor es que de estas ridiculeces hay bastantes en México y en donde no es México.

¿Pues qué le diré á usted de un oficial mecánico ó de otro pobre igual, que no contando sino con una ratería que adquiere con sumo trabajo, se nos presenta el domingo con casaca y el resto del vestido correspondiente á un hombre de posibles, y el lunes está con su capotillo de mala muerte? ¿Qué diré de uno que vive en una accesoria, que le debe al casero un mes ó dos, cuya mujer está sin enaguas blancas y los muchachos

más llenos de tiras que un espantajo de *milpa*, y él gasta en un paseo ó un almuerzo ocho ó diez pesos, teniendo tal vez que empeñar una prenda á otro día para desayunarse? Diré que son unos vanos, unos presumidos y unos locos; y esto mismo diré de usted si le sucediere igual caso. Conque usted hará lo que quiera, que harto le he dicho por su bien.

Yo me prendé de aquel hombre que tan bien me aconsejaba sin interés; pero no trataba de admitir por entonces sus consejos; y así, dándole las gracias de boca, le prometí observarlos exactamente y le pedí mi dinero.

Diómelo en el momento, exigiéndome un recibo. Yo le dí veinticinco pesos como de albricias. Rehusólos recibir muchas veces; pero yo porfié con tal tenacidad en que los tomara que al fin los tomó; mas delante de mí cogió un clavo y un martillo y comenzó á señalarlos uno por uno, y concluída esta diligencia, los guardó en una gaveta de su escribanía.

Yo le pregunté que para qué era aquella ceremonia. Y él me respondió que no había menester dinero; y así, que lo guardaba para darlo de limosna á un infeliz miserable.—Pero ¿siendo uno mismo cualquier dinero nuestro en su valor, le dije, no puede usted darle otros pesos á ese pobre, y no esos propios que ha marcado?—Eso tiene mucho misterio, me dijo, y quiera Dios que usted no lo comprenda.



Con esto me despedí de él, cansado de tanta conversación, y dándole el dinero á Roque nos metimos en el coche con el almonedero, que ya estaba aburrido de esperarme.

Llegamos á mi casa, que la hallé bastantemente limpia, provista y curiosa. Me posesioné de ella, aunque no me gustó mucho la cuenta que me presentó, que para no cansarme en prolijidades, ascendió á no sé cuánto; ello es que en vestidos, ociosidades, albricias y casa ajurada se gastaron en cuatro días mil y doscientos pesos.

Por mi desgracia la cocinera que me buscó el almonedero fué aquella Luisa que sirvió de dama á Chanfaina y á mí.

Luego que el almonedero me la presentó la conocí, y ella me conoció perfectamente; pero uno y otro disimulamos. El almonedero se fué pagado á su casa; yo despaché á Roque á traer puros, y llamé á Luisa, con la que me explayé á satisfacción, contándome ella como luego que salí de casa del escribano y él tras de mí, huyó ella del mismo modo que yo, y se fué á buscar sus aventuras en solicitud mía, pues me amaba tan tiernamente que no se hallaba sin mí; que supo como Chanfaina no hallándola en su casa y estando tan apasionado por ella, se enfermó de cólera y murió á poco tiempo; que ella se mantuvo sirviendo ya en esta casa, ya en la otra, hasta que aquel almonedero, á quien había servido, la había

solicitado para acomodarla en la mía, y que pues estados mudan costumbres y ella me había conocido pobre y ya era rico, se contentaría con servirme de cocinera.

Como el demonio de la muchacha era bonita y yo no había mudado el carácter picaresco que profesaba, le dije que no sería tal, pues ella no era digna de servir sino de que la sirvieran.

En esto vino Roque, y le dije que aquella muchacha era una prima mía y era fuerza protegerla. Roque, que era buen pícaro, entendió la maula y me apoyó mis sentimientos. Él mismo le compró buena ropa, solicitó cocinera, y cátenme ustedes á Luisa de señora de la casa.

Yo estaba contento con Luisa; pero no dejaba de estar avergonzado, considerando que al fin había entrado de cocinera, y que, por más que yo aparentara á Roque que era mi prima, él era harto vivo para ser engañado, y lejos de creerme, murmuraría mi ordinariez en su interior.

Con esta carcoma y deseando oír disculpado mi delito por su boca, un día que estábamos solos le dije: — ¿Qué habrás tú dicho de esta prima, Roque? Ciertamente no creerás que lo es, porque la confianza con que nos tratamos no es de primos, y en efecto, si has pensado lo que es, no te has engañado; pero, amigo, ¿qué podía yo hacer cuando esta pobre muchacha fué mi valedora antigua, y por mí perdió la conveniencia que tenía, expo-



niéndose á sufrir una paliza ó á cosa peor? Ya ves que no era honor mío el abandonarla ahora que tengo cuatro reales; pero, sin embargo, no dejo de tener mi vergüencilla, porque al fin fué mi cocinera.

Roque, que comprendió mi espíritu, me dijo:— Eso no te debe avergonzar, Pedrito; lo primero, porque ella es blanca y bonita, y con la ropa que tiene nadie la juzgará cocinera, sino una marquesita cuando menos. Lo segundo, porque ella te quiere bien, es muy fiel y sirve de mucho para el gobierno de la casa; y lo tercero, porque aun cuando todos supieran que había sido tu cocinera y la habías ensalzado haciéndola dueña de tu estimación, nadie te lo había de tener á mal, conociendo el mérito de la muchacha; fuera de que no es esto lo primero que se ve en el mundo. ¡Cuántas hay que pasan plaza de costureras, recamareras, etc., y no son sino otras Luisas en las casas de sus amantes amos! Conque no seas escrupuloso; diviértete y ensánchate ahora que tienes proporción, como otros lo hacen, que mañana vendrá la vejez ó la pobreza y se acabará todo antes de que hayas gozado de la vida.

Claro está que el diablo mismo no podía haberme aconsejado más perversamente que Roque; pero ya se sabe que los malos amigos con sus inicuos ejemplos y perniciosos consejos son unos vicediablos diligentísimos que desempeñan las funciones del maligno espíritu á su

satisfacción, y por eso dice el venerable Dutari, que debemos huir, entre otras cosas, de los demonios que no espantan, y éstos son los malos amigos.

Tal era el pobre Roque, con cuyo parecer me descaré enteramente, tratando á Luisa como si fuera mi mujer y holgándome á mis anchuras.

Raro día no había en mi casa baile, juego, almuerzos, comilitonas y tertulias, á todo lo que asistían con la mayor puntualidad mis buenos amigos. ¡Pero qué amigos! aquellos mismos bribones que cuando estaba pobre, no sólo no me socorrieron, pero ya dije que hasta se avergonzaban de saludarme.

Estos fueron los primeros que me buscaron, los que se complacían de mi suerte, los que me adulaban á todas horas y los que me comían medio lado. ¿Y que fuera yo tan necio y para nada, que no conociera que todas sus lisonjas las dictaba únicamente su interés, sin la menor estimación á mi persona? Pues así fué, y yo, que estaba envanecido con las adulaciones, pagaba sus embustes á peso de oro.

No sólo mis amigos y mis antiguas conocidas me incensaban, sino que hasta la fortuna parece que se empeñaba en lisonjearme. Por rara contingencia perdía yo en el juego; lo frecuente era ganar, y partidas considerables como de trescientos, quinientos y aun mil pesos. Con esto gastaba ampliamente, y como todos me lison-



jeaban tratándome de liberal, yo procuraba no perder ese concepto, y así daba y gastaba sin orden.

Si Luisa se hubiera sabido aprovechar de mis locuras, pudiera haber guardado alguna cosa para la mayor necesidad; pero fiada en que era bonita y en que yo la quería, gastaba también en profanidades, sin reflexionar en que podía acabársele la hermosura ó cansarse mi amor, y venir entonces á la más desgraciada miseria; mas la pobre era una tonta coquetilla y pensaba como casi todas sus compañeras.

Yo no hacía caso de nada. La adulación era mi plato favorito, y como las sanguijuelas que me rodeaban advertían mi simpleza y habían aprendido con escritura el arte de lisonjear y estafar, me lisonjeaban y estafaban á su salvo.

Apenas decía yo que me dolía la cabeza, cuando todos se volvían médicos y cada uno me ordenaba mil remedios; si ganaba en el juego, no lo atribuían á casualidad, sino á mi mucho saber; si daba algún banquetito, me ensalzaban por más liberal que Alejandro; si bebía más de lo regular y me embriagaba, decían que era alegría natural; si hablaba cuarenta despropósitos sin parar, me atendían como á un oráculo, y todos me celebraban por un talento raro de aquellos que el mundo admira de siglo en siglo. En una palabra, cuanto hacía, cuanto decía, cuanto compraba, cuanto había en mi casa,

hasta una perrilla roñosa y una cotorra insulsa y gritadora, capaz de incomodar con su *can, can*, al mismo Job, era para mis caros amigos ¡y qué caros! objeto de su admiración y sus elogios.

Pero ¿qué más, si Luisa misma se reía conmigo á solas de verse adular tan excesivamente? Y á la verdad tenía razón, pues el almonedero que me puso la casa se hizo mi amigo, con ocasión de ir á ella muy seguido á venderme una porción de muebles que le compré, y este mismo, luego que vió el trato que yo daba á Luisa, olvidándose de que él propio la había llevado á mi casa de cocinera, la cortejaba, le hacía platos en la mesa y con la mayor seriedad le daba repetidamente el tratamiento de *señorita*.

Cuatro ó cinco meses me divertí, triunfé y tiré ampliamente, y al fin de ellos comenzó á serme ingrata la fortuna, ó hablando como cristiano, la Providencia fué disponiendo ó justiciera el castigo de mis extravíos ó piadosa el freno de ellos mismos.

Entre las señoras ó no señoras que me visitaban iba una buena vieja que llevaba una niña como de diez y seis años, mucho más bonita que Luisa, y á la que yo, á excusas de ésta, hacía mil fiestas y enamoraba terceramente, creyendo que su conquista me sería tan fácil como la que había conseguido de otras muchas; pero no fué así; la muchacha era muy viva, y aunque no le pesaba ser querida, no quería prostituirse á mi lascivia.



Tratábame con un estilo agridulce, con el que cada día encendía mis deseos y acrecentaba mi pasión. Cuando me advirtió embriagado de su amor, me dijo que yo tenía mil prendas y merecía ser correspondido de una princesa; pero que ella no tenía otra que su honor, y lo estimaba en más que todos los haberes de esta vida; que ciertamente me estimaba y agradecía mis finezas; que sentía no poder darme el gusto que yo pretendía; pero que estaba resuelta á casarse con el primer hombre de bien que encontrara, por pobre que fuera, antes que servir de diversión á ningún rico.



Acabé de desesperarme con este desengaño, y concibiendo que no había otro medio para lograrla que casarme con ella, le traté del asunto en aquel mismo instante, y en un abrir y cerrar de ojos quedaron celebrados entre los dos los esponsales de futuro.

Mi expresada novia, que se llamaba Mariana, dió parte á su madre de nuestro convenio, y ésta quiso con tres más. Yo avisé política y secretamente lo mismo á un religioso grave y virtuoso que protegía á Mariana, por ser su tío, y no me costó trabajo lograr su beneplácito para nuestro enlace; pero para que se verificara faltaba que vencer una no pequeña dificultad, que consistía en ver cómo me desprendía de Luisa, á quien temía yo, conociendo su resolución y lo poco que tenía que perder.

Mientras que adivinaba de qué medios me valdría

para el efecto, no me descuidaba en practicar todas las precisas diligencias para el casamiento. Fué necesario ocurrir á mis parientes para que me franquearan mis informaciones. Luego que éstos supieron de mí con tal ocasión y se certificaron de que no estaba pobre, ocurrieron á mi casa como moscas á la miel. Todos me reconocieron por pariente, y hasta el pícaro de mi tío, el abogado, fué el primero que me visitó y llenó varias veces el estómago á mi costa.

Ya las más cosas dispuestas, sólo restaban dos necesarias: hacerle las donas á mi futura y echar á Luisa de casa. Para lo primero me faltaba plata; para lo segundo me sobraba miedo; pero todo lo conseguí con el auxilio de Roque, como veréis en el siguiente capítulo.

Gran Sorteo 27		A favor del
Santuario		de nuestra
Señora de		Guadalúpe.
<b>70596L</b>		
Diez y seisavo de Billete para el Sorteo		
veinte y siete que se celebra en la Rl.		
Lotería el dia 22 de Agosto de 1806.		
Mazo	<b>60596</b>	...2
		1...16
	Vale un peso.	...0...